

tre las dos una nueva lucha, en la que se confundieron espantosamente todas las armas. Los ginetes austriacos perdieron por este noble entusiasmo cerca de un millar de hombres; pero retirándose siempre sobre la ciudad, por medio de la cual desfilaban á galope, llamaron nuestra atencion por aquella parte, y consiguieron de este modo impedirnos que viéramos el puente de barcas, por el que iban pasando los granaderos. Un destacamento de caballería lijera lo descubrió al fin, y señaló el hecho á la artillería de Lannes, la cual acudió á galope y se puso á batir á los austriacos. Se mató allí gran número de granaderos, se ahogó á muchos otros, y se destruyó el puente, cuyas barcas desunidas é incendiadas no tardó en arrastrar el Danubio; pero el grueso de las tropas pudo retirarse, á escepcion de algunos centenares de hombres que perdieron. El mariscal Davout en la izquierda con las divisiones Friant y Saint-Hilaire, el mariscal Lannes en la derecha con las divisiones Morand y Gudin y la caballería en el centro, no desembocaron sobre la ciudad hasta el momento en que los últimos batallones austriacos la atravesaban. Inmediatamente se cerraron las puertas á nuestros zapadores.

Napoleon queria entrar allí el mismo dia, ya para vengar la derrota del 65.º de línea, ya para tomar el puente del Danubio, y asegurarse de este modo el medio de seguir á Bohemia al archiduque Carlos. Estaba circuida la ciudad de una simple muralla, con torreones de distancia en distancia, y un ancho foso. No podia dar lugar á un sitio regular; pero defendida por mucha gente, podia sostenerse algunas horas, hasta algunos dias, y entibiar

singularmente nuestra persecucion. Napoleon mandó que la artillería de los mariscales Davout y Lannes, sacada de las filas, se colocara en línea abierta para derribar los muros de aquella desgraciada ciudad. Un gran número de piezas de grueso calibre empezó á vomitar bombas al momento, y varios cuarteles se incendiaron.

Impaciente Napoleon por acabar de una vez con aquella resistencia, se habia acercado á Ratisbona, en medio de un fuego de tiradores que sostenian los austriacos desde las murallas, y los franceses al pie del foso; y mientras que observaba los parages con un anteojo, recibió una bala en el tobillo. «Estoy herido», dijo con la sangre fria propia de un veterano. Lo estaba efectivamente, y de un modo que hubiera podido ser peligroso, porque si la bala hubiese dado mas arriba, le hubiese roto el pie, y hubiera sido inevitable hacerle la amputacion. Los cirujanos de la guardia acudieron á donde se hallaba, sacáronle la bota, y le pusieron un lijero aparato sobre la herida, la cual era poco grave. Al saberse que el emperador estaba herido, los soldados de los cuerpos mas inmediatos rompieron filas espontáneamente, para dirigirle de mas cerca ruidosas muestras de cariño, porque no habia uno que no creyera estaba ligada su existencia á la suya. Napoleón, dando la mano á los que estaban mas próximos, les afirmó que no era nada, volvió á montar á caballo inmediatamente, y recorrió el frente del ejército para tranquilizarle. Fué aquello un delirio de júbilo y entusiasmo: todos le victorearon, saludando en él al dichoso vencedor de Eckmühl, á quien la muerte acababa apenas de rozar, para hacer saber al ejército que

el peligro era comun, y que si prodigaba su vida, no miraba por la suya. Pasó por delante de los cuerpos que mejor se habian portado, hizo salir de las filas á los oficiales y aun á los soldados distinguidos por su valor, y á todos les dió recompensas. Hubo simples soldados que recibieron dotaciones de 500 francos de renta.

Sin embargo, como no todo se reducía para él á felicitaciones, y era preciso acabar de vencer, enviaba ayudantes y mas ayudantes de campo al mariscal Lannes para acelerar la toma de Ratisbona. Aquel intrépido mariscal se habia acercado á la puerta de Straubing, y hecho asestar todos los disparos de su artillería sobre una casa saliente que dominaba el circuito. Derribada á poco esta casa por las bombas, cayó en el foso; y lo llenó en parte. Desde entonces no era ya tan difícil vencer el obstáculo, pero quedaba siempre que salvar un doble escarpado, sea para bajar al foso, sea para subir á la muralla frente por frente, cuando todavía estaba á medio derribar. Habiéndose proporcionado algunas escalas, apoderáronse de ellas granaderos del 85.<sup>o</sup>, y las colocaron al borde del foso, pero cada vez que aparecía uno de ellos, disparos hechos con gran puntería, le derribaban en tierra. Despues de haber sido heridos de este modo algunos hombres, los otros empezaron como á vacilar. Entonces Lannes, avanzando enteramente cubierto de condecoraciones, cogió una de las escalas, y gritó: «Ahora vereis que vuestro mariscal, por muy mariscal que sea, no ha dejado de ser un granadero.» Al ver esto sus ayudantes de campo Marbot y Labedoyere, se lanzan y le arrebatan la escala de las manos. Los granaderos

los siguen, toman las escalas, se precipitan en tropel sobre el borde del foso, y bajan á él. Los tiros del enemigo, disparados á un tiempo sobre mayor número de hombres y con mas precipitación, no tienen ya la misma puntería, de suerte que se pasa el foso, y se escala el muro medio derribado por nuestras bombas. Los granaderos del 85.<sup>o</sup>, siguiendo á Mrs. Labedoyere y Marbot, penetran así en la ciudad, se dirigen hácia una de las puertas, y la abren al 85.<sup>o</sup>, que entra en Ratisbona formado en columna. La ciudad es nuestra: nuestros soldados corren de calle en calle bajo el fuego de fusilería, recogiendo por todas partes prisioneros; pero de pronto se detienen al oír un grito de terror que sale de los austriacos. «¡Tened cuidado, porque si no todos vamos á volar por los aires!», esclama un oficial. Habia efectivamente en una calle barriles de pólvora que habian dejado allí, y que podían saltar con el fuego hecho por una y otra parte. De comun acuerdo se paran, echan á rodar estos barriles de modo que puedan ponerlos al abrigo del incendio, y se libertan tanto unos como otros de un peligro mortal. Los austriacos se retiran en seguida, y abandonan la ciudad á nuestras tropas.

Aquella jornada costó al enemigo unos dos mil hombres fuera de combate, y de seis á siete mil prisioneros. Era la quinta desde que se abrió la campaña. Echemos una mirada sobre esos cinco dias tan ricos en hechos de armas. El 19 de abril, el mariscal Davout volviendo á subir el Danubio de Ratisbona á Abensberg, se encontró en Tengen al archiduque Carlos, le hizo frente, y le obligó á pararse. El 20, Napoleon, reuniendo la mitad del

cuerpo del mariscal Davout á los bávaros y wurtembergenses, mientras que atraía el mariscal Massena al punto comun de Abensberg, rompió hácia Rohr la línea de los austriacos, y separó al archiduque Carlos del general Hiller y del archiduque Luis. El 21 siguió este movimiento, y separó definitivamente las dos masas enemigas, tomando Landshut y la línea de operaciones de los austriacos, mientras que el mismo día el mariscal Davout, formando á la izquierda la perpendicular de sus movimientos, volvía á encontrar y contenía al archiduque Carlos en Leuchling. El 22, advirtiéndole que el archiduque Carlos no se había retirado por Landshut, sino que se encontraba á su izquierda hácia Eckmühl delante del cuerpo del mariscal Davout, tomó repentinamente una determinación, cayó sobre Eckmühl, y, en aquella batalla, dada al extremo de la línea enemiga, deshecho y acosó á los austriacos hácia Ratisbona. El 23, en fin, terminaba esta lucha de cinco dias tomando á Ratisbona y arrojando á Bohemia al archiduque Carlos, reunido al ejército de Bellegarde, pero separado del de Hiller y del archiduque Luis. Además de la ventaja de abrirse el camino de Viena que defendían á lo mas de treinta y seis ó cuarenta mil hombres desmoralizados, de haber cogido el inmenso material que se hallaba en la línea principal de operaciones del enemigo, de haber rechazado al archiduque Carlos á los desfiladeros de la Bohemia, donde debia estar paralizado por mucho tiempo, de haber vuelto, en fin, á sus armas todo ascendiente, Napoleon habia destruido ó hecho prisioneros unos sesenta mil hombres, y apoderándose de unas cien piezas de artillería. De estos se-

senta mil hombres, cerca de cuarenta mil habian sucumbido bajo el fuego de nuestros infantes, ó acuchillados por nuestros ginetes (1). Y todo esto lo habia conseguido Napoleon gobernándose en medio de una confusión nunca vista de sitios y hombres, según los verdaderos principios de la guerra. No hay duda que dando mas á la casualidad, dejando al archiduque correrse sobre Ratisbona, sin atraer á sí al mariscal Davout, hubiera podido Napoleon arrojar por la espalda sobre el enemigo por Laneqwaid y Eckmühl, y quizá hacer prisionero en un dia á todo el ejército austriaco; pero además de que era preciso adivinar el secreto de esta situación, lo cual á nadie le es dado, Napoleon hubiera faltado á los buenos principios permaneciendo dividido en presencia de un enemigo reconcentrado, y proporcionándole con esto la posibilidad de un gran triunfo. Al contrario, trayendo á un punto comun al mariscal Davout por su izquierda, y al mariscal Massena por su derecha, se puso en estado de hacer frente á todo, cualesquiera que fuesen los riesgos de los acontecimientos, y pudo cortar delante de él la línea enemiga, penetrar hácia Landshut luego caer por la izquierda, y destruir definitivamente en Ratisbona al gran ejército austriaco. Si nos atreviéramos á ello, añadiríamos que vale casi mas haber triunfado algo menos conformándose con los verdaderos principios de la guerra, los cuales no son despues de todo sino las reglas del buen sentido, haber triunfado algo menos, decíamos, pero sin correr ningun riesgo gra-

(1) Doy estos números despues de haber reducido todas las exageraciones de los boletines.

ve, que haber triunfado mas dejando demasiado á la casualidad. Nunca hubiera sucumbido Napoleon, si hubiese dirigido la política como en esta época dirigió la guerra. Por lo demas, el Austria iba á quedar abatida con tan terribles golpes, comprimi- da la Alemania, y la Europa contenida. Nunca me- jor que entonces mereció Napoleon ser favorecido por la fortuna, la cual en aquellos cinco dias se le mostró al parecer otra vez propicia del todo.

## LIBRO TREINTA Y CINCO.

### Wagram.

Empiezan las hostilidades en Italia.—Entrada imprevista de los austriacos por el Pontebu, Cividala y Goriza.—Sorpresa del principe Eugenio que no esperaba le atacasen hasta fines de abril.—Se replega sobre el Livenza con las dos divisiones que tenia á mano, y consigue reunir allí parte de su ejército.—Toma en Pordenona de la vanguardia del general Sahuc.—El ejército pide la batalla á voz en grito.—El principe Eugenio, arrastrado por el calor de sus soldados, se decide á combatir antes de haber reunido todas sus fuerzas y en un mal terreno.—Batalla de Sacila perdida el 16 de abril.—Retirada hácia el Adrige.—Levantamiento del Tirol.—El ejército francés reconcentrado detras del Adrige, se reorganiza allí bajo la direccion del general Macdonald dado por consejero al principe Eugenio.—La noticia de los acontecimientos de Ratisbona obliga al archiduque Juan á tomar retirada.—Acósale el principe Eugenio.—Paso del Piava á viva fuerza, y pérdida considerable por parte de los austriacos.—Sucesos de Polonia.—Hostilidades impre- vistas en Polonia lo mismo que en Baviera y en Italia.—José Poniatowski da al pie de las murallas de Varsovia un combate obstinado con los austriacos.—Abandona esta capital de resul- tas de un convenio, lleva la guerra á la derecha del Vistula, y hace sufrir á los austriacos numerosos descalabros.—Insurrec- cion en Alemania.—Desercion del mayor Schill.—Conducta de Napoleon despues de los sucesos de Ratisbona.—Su inquietud